

CAPITULO XLVIII

De cómo Mr. Pickwick, con ayuda de Sam, procuró ablandar el corazón de Mr. Benjamín Allen y calmar el enojo de Mr. Roberto Sawyer.

Mr. Ben Allen y Mr. Bob, sentados frente á frente en la trastienda, se ocupaban en devorar un guiso de ternera y en hacer proyectos para el porvenir, recayendo naturalmente la conversación acerca de la clientela adquirida por Bob y sobre sus probabilidades de conseguir una renta suficiente, por medio de la honrosa profesión á que se había dedicado.

—Algo dudosas las creo — dijo el joven siguiendo el hilo de la conversación.

—¿Algo dudosas? — repitió Mr. Ben Allen.

Y después de haber avivado su inteligencia con un vaso de cerveza, añadió:

—¿Qué es lo que halláis algo dudoso?

—Las probabilidades de hacer fortuna.

—Ya lo había olvidado, Bob; la cerveza acaba de hacerme recordar que lo había olvidado. Es cierto, son dudosas.

—Es admirable — repuso Bob con aire reflexivo, — cómo me favorecen esas pobres gentes; llaman a mi puerta á todas las horas de la noche, toman una cantidad fabulosa de medicamentos, se ponen vegigatorios y sanguijuelas con una perseverancia digna de mejor suerte, y aumentan su familia de un modo verdaderamente hiperbólico; ¡seis letras de cambio que vencen en un mismo día, y todas confiadas á mi cuidado, Ben!

—Eso es muy consolador — contestó Mr. Ben Allen aproximándose al plato del guiso.

—¡Oh! ciertamente; esta clientela estaba perfectamente descrita en el anuncio; es una clientela... una clientela muy hermosa y nada más.

—Bob — dijo Mr. Ben Allen posando su cuchillo y su tenedor y mirando fijamente á su amigo. — Bob, voy á decirlos lo que es preciso hacer.

—Veamos.

—Es necesario que os hagáis dueño, tan pronto como os sea posible, de las mil libras esterlinas (25.000 francos) de Arabella.

—En treses consolidados, actualmente inscritos á su nombre, sobre el libro del gobernador y de la compañía del Banco de Inglaterra — añadió Bob Sawyer empleando la fraseología legal.

—Exactamente; ella disfrutará de esa fortuna á su mayor edad, ó cuando llegue á casarse; aun le falta un año para ser mayor, y si tuvieseis el suficiente atrevimiento, no se pasaría un mes sin que estuviese casada.

—Es una criatura encantadora, deliciosa, Ben; no tiene más que un defecto, que es á la vez una falta de buen gusto, y es que no me ama.

—Yo creo que no sabe á quién ama — replicó Mr. Ben con tono desdenoso.

—Es posible; pero yo creo que sabe á quién no ama, y esto es mucho más grave.

—Yo quisiera — exclamó Ben Allen apretando los dientes y hablando como un grosero salvaje que devora la carne dura de un lobo, después de haberle despedazado con sus uñas, más bien que como un caballero civilizado que come un guiso de ternera con cuchillo y tenedor; quisiera saber si hay algún miserable que haya intentado ganar su afecto; creo que le asesinaría, Bob.

—Si yo le encontrase — respondió Mr. Sawyer deteniéndose en medio de un largo trago de cerveza (*porter*) y mirando con aire feroz por cima del vaso, si yo le encontrara, le metería una bala en el vientre, y si no era bastante, le mataría extrayéndosela luego.

Benjamín miró pensativa y silenciosamente á su amigo durante algunos minutos, y luego dijo:

—¿No le habéis hecho nunca proposiciones directas, Bob?

—No; porque sabía que nada adelantaría.

—Se las haréis antes de veinticuatro horas, — repuso Ben con la calma de la desesperación. — Se casará con vos ó... dirá por qué no lo hace. Yo emplearé toda mi autoridad.

—Bien, vamos.

—Sí, amigo mío; veremos — repitió Ben Allen con acento feroz.

Calló durante algunos segundos, y añadió con voz reprimida por la emoción:

—La habéis amado desde su infancia, amigo mío; la amabais cuando estábamos juntos en el colegio, y desde entonces ella se hacía la gazmoña y desdenaba vuestra juvenil ternura. ¿Recordáis que un día, con todo el calor de un amor de niño, la instabais á que

aceptase una manzana y dos bizcochos anisados, envueltos en la cubierta de uno de vuestros cuadernos de escritura?

—Sí, lo recuerdo.

—¿Y os desairó sin duda?

—Sí; me dijo que yo había guardado largo tiempo el paquete en el bolsillo de mi pantalón, y que la manzana había adquirido un color desagradable.

—Me acuerdo de ello — respondió Mr. Allen con aire sombrío, — y que nos la comimos al punto, mordiendo en ella alternativamente.

Bob Sawyer recordó por un melancólico fruncimiento de cejas que también recordaba esta misma circunstancia, y los dos amigos permanecieron durante algunos minutos absortos en sus meditaciones.

Mientras se cambiaban estas reflexiones entre mister Bob Sawyer y Mr. Benjamin Allen, y mientras que el mozo de librea gris, admirándose de la inusitada prolividad de la comida, presagiando tristemente respecto de la cantidad del guiso de ternera que podría resultar sobrante, dirigía de vez en cuando una mirada llena de ansiedad al través de la puerta vidriera, un carruaje rodaba pacíficamente por las calles de Bristol. Era una especie de cupé, pintado de un triste color verde, tirado por un caballo cansado, y conducido por un hombre de aspecto taciturno, cuyas piernas estaban cubiertas como las de un *groom*, vestido por lo demás, exactamente como un cochero. Estas trazas son comunes á muchos carruajes sostenidos por viejas señoras económicas; y en efecto, en el de que nos ocupamos venía sentada una señora anciana, que se jactaba de ser su propietaria.

—¡Martín! — dijo la dama llamando al hombre taciturno por el vidrio de la ventanilla de enfrente.

—¿Qué se os ofrece? — respondió el aludido llevando la mano al sombrero.

—A casa de Mr. Sawyer.

—Allá iba.

La anciana hizo un signo de satisfacción á esta prueba de inteligencia de su sirviente; y éste, dando un fuerte latigazo al cansado animal, consiguió que á poco estuviesen delante de la casa de Mr. Bob Sawyer.

—Martín — dijo la dama cuando el carruaje se detuvo á la puerta de Mr. Bob Sawyer, sucesor de Nockemorf, — decid al mozo que tenga cuidado del caballo.

—Mejor lo cuidaré yo mismo — respondió el cochero-groom, posando el látigo sobre el imperial del cupé.

—No, es imposible; porque como vuestro testimonio

será muy interesante, quiero que entréis conmigo en la casa, y que no os separéis de mi lado durante la entrevista, ¿entendéis?

—Entiendo.

—¡Y bien! ¿qué os detiene?

—Nada.

Al pronunciar esta palabra, descendió pausadamente, llamó al mozo de librea gris, abrió la portezuela, bajó el estribo, y extendiendo su mano, envuelta en un guante de gamo de color obscuro, atrajo á la dama con tan poco cuidado como si se hubiera tratado de un lío de ropa.

—¡Ay! — exclamó la anciana; — ahora que por fin me hallo aquí, me siento tan agitada que estoy toda temblando.

Mr. Martín tosió afectadamente, cubriendo la boca con la mano, pero no dió otra señal de simpatía; la dama se calmó, y seguida de su criado, subió á la habitación de Mr. Bob Sawyer.

Tan luego como entró en la tienda, MMrs. Ben Allen y Bob Sawyer, que se habían apresurado á hacer desaparecer los licores y á esparcir drogas nauseabundas, para disimular el olor del tabaco, salieron á su encuentro manifestando transportes de placer y afecto.

—Mi querida tía — exclamó Benjamín; — ¡qué buena sois en haber venido á vernos! Tía, Mr. Sawyer, mi amigo; Mr. Sawyer, de quien ya os he hablado...

Aquí Mr. Ben Allen, en quien las frecuentes libaciones no dejaban de haber hecho algún efecto, añadió la palabra *Arabella* con un tono de voz que él creyó débil como un murmullo, pero que en realidad fué tan vigoroso y distinto, que ninguno hubiera podido dispensarse de oírlo, aun cuando para ello hubiera empleado toda la fuerza de voluntad posible.

—Mi querido Benjamín — dijo la anciana, que se esforzaba en recobrar su tranquilidad y que estaba temblando de pies á cabeza, — no os alarméis, hijo mío... pero creo que me será mejor hablar en particular á mister Sawyer por un instante, tan sólo por un instante.

—Bob — dijo Mr. Allen; — ¿queréis conducir á mi tía al laboratorio?

—Ciertamente — contestó Bob con tono profesional. — Pasad por aquí, mi querida señora; no tengáis ningún temor, pues estoy persuadido de que lo remediarémos todo en muy poco tiempo. Aquí, mi querida señora; ya os escucho.

Hablando de este modo, Mr. Bob Sawyer conducía á la anciana lady á un sillón, cerraba la puerta, aproximaba una silla y esperaba á que le detallase los sín-

tomas de alguna enfermedad, de la que ya calculaba el provecho probable que podría ofrecerle.

Lo primero que hizo la anciana señora fué mover la cabeza repetidas veces y ponerse á llorar.

— Los nervios agitados — dijo el cirujano con complacencia; — bebida alcanforada, tres veces durante el día y una poción calmante á la noche.

— No sé por dónde principiar, Mr. Sawyer. Es tan triste, tan doloroso...

— No os atormentéis, señora; adivino lo que queréis decir. La cabeza está enferma.

— Me desesperaría el creer que lo estuviese el corazón, — repuso la dama con un profundo suspiro.

— No hay ni el más ligero peligro, señora; el estómago es la causa primitiva.

— ¡Mr. Sawyer! — exclamó la anciana estremeciéndose.

— No hay en ello la menor duda — prosiguió Bob con aire prodigiosamente sabio. — Un medicamento en tiempo oportuno hubiera prevenido todo esto.

— Mr. Sawyer — repitió la anciana con mayor agitación que antes; — esa conducta es impertinente, á menos de provenir de que no comprendéis el objeto de mi visita. Si hubiese sido dado á la medicina ó á la prudencia humana prevenir lo que ha sucedido, seguramente que no lo hubiera sufrido. Pero mejor será que hable á mi sobrino, — añadió estrujando con indignación su ridículo y levantándose al mismo tiempo.

— Esperad un momento, señora; temo no haberos comprendido bien. ¿De qué se trata?

— Mi sobrina, Mr. Sawyer, la hermana de vuestro amigo...

— Sí, señora — interrumpió Bob con impaciencia, porque la anciana lady, aunque en extremo agitada, hablaba con la más atormentadora lentitud; — sí, señora...

— Ha abandonado mi casa, Mr. Sawyer, hace cuatro días, bajo el pretexto de visitar á mi hermana, su tía, que tiene una gran pensión de señoritas al fin de la tercera milla, en donde hay un ebanista y una puerta de encina.

Al llegar aquí, la anciana se detuvo para enjugarse las lágrimas.

— Lleve el diablo al ebanista — exclamó Job, á quien la ansiedad hacía olvidar su dignidad facultativa. — Abreviad, yo os lo suplico.

— Esta mañana — continuó la dama con lentitud, — esta mañana, ella...

— Supongo que ha vuelto — interrumpió Bob con

viveza; — ¿no es verdad que ha vuelto?

— No, no ha vuelto; ha escrito.

— ¿Y qué dice? — preguntó Bob con impaciencia.

— Dice, Mr. Sawyer, y para esto os suplico que preparéis el ánimo de Benjamin, lenta, gradualmente, dice que es... tengo la carta en mi bolsillo, pero he dejado los anteojos en el carruaje, y sin ellos sería tiempo perdido ensayar mostraros el párrafo; en una palabra, dice que está casada.

— ¡Cómo! — dijo, ó más bien aulló Mr. Bob Sawyer.

— Casada — repitió la dama.

Bob no escuchó más; pero lanzándose del laboratorio á la tienda, gritó con voz de estentor:

— ¡Ben, hijo mío, Arabella ha levantado el campo!

Mr. Ben Allen, cuyas rodillas se elevaban cerca de medio pie sobre la cabeza, estaba próximo á dormirse tras el mostrador.

Apenas hubo oído tan pavorosa nueva, se precipitó sobre Martín, y enredando su mano en la corbata de este taciturno observador, expresó la benévola intención de extrangularle, lo cual principiaba efectivamente á ejecutar con esa rapidez que con frecuencia produce la desesperación, y que denotaba gran vigor y destreza quirúrgica.

Mr. Martín, que no era hombre afluente, que tenía poca confianza en sus dotes oratorias, se sometió durante algunos segundos á esta operación, con una fisonomía tranquila y complaciente. Aperciéndose no obstante, que debía colocarle muy pronto en disposición de no poder reclamar nunca sus salarios, murmuró algunas representaciones, que no llegaron á articularse, y de un puñetazo tendió en tierra á Mr. Benjamin Allen; pero se vió obligado á seguirle en su caída, porque el templado joven no había soltado la corbata. Estaban, pues, los dos en el suelo, en actitud de continuar la lucha, cuando se abrió la puerta de la tienda, entrando dos inesperados personajes, Mr. Pickwick y Sam Weller.

En presencia de este espectáculo, la primera impresión de Sam fué que Martín estaba pagado por el establecimiento de Sawyer, sucesor de Nockemorf, para tomar algún medicamento violento, ó para tener algún acceso y someterse al experimento, ó para tragar alguna que otra vez algún veneno para atestiguar la eficacia de algún nuevo antídoto, ó para hacer no importa qué, en interés de la ciencia médica, y satisfacer el ardiente deseo de instrucción que ardía en el seno de los dos jóvenes profesores. Así es que, sin permitirse la menor intervención, Sam permaneció completamente tranquilo, esperando con apariencias del más vivo interés, el resul-

tado de la experiencia; pero no sucedió la mismo á mister Pickwick, el cual se precipitó con su acostumbrada energía entre los dos combatientes, excitando á grandes gritos á los espectadores á que los separaran.

Esto despabiló á Mr. Sawyer, quien hasta entonces había permanecido como paralizado por el frenesí de su compañero. Con su ayuda, Mr. Pickwick puso en pie á Ben Allen; en cuanto á Martín, viéndose solo sobre el pavimento, se levantó mirando en su derredor.

—¿Qué ha sucedido, Mr. Allen? — dijo Mr. Pickwick.

—Eso atañe á mí, caballero — replicó Benjamín con provocativa altanería.

—¿Qué es lo que tiene? — preguntó Mr. Pickwick, volviéndose hacia Bob; — ¿se halla tal vez indispuerto?

Antes que el farmacéutico hubiese podido replicar, Ben Allen estrechó la mano de Mr. Pickwick y murmuró con voz doliente:

—¡Mi hermana, caballero, mi hermana!

—¿Es eso todo? — respondió Mr. Pickwick; — espero que nosotros arreglaremos ese asunto. Vuestra hermana está buena y en perfecta seguridad, mi querido caballero; yo estoy aquí para...

—Perdón, caballero — interrumpió Sam, que acababa de mirar por la puerta vidriera disgustado de hacer algo que pudiera interrumpir estas agradables operaciones; — pero hay allá adentro otra experiencia que hacer; una venerable anciana tendida sobre la alfombra, y que espera ser disecada, ó galvanizada, ó cualquier otra invención resucitante ó científica.

—¡La había olvidado! — exclamó Mr. Allen; — es mi tía.

—¡Bondad divina! — dijo Mr. Pickwick. — ¡Pobre señora! Con dulzura, Sam, con dulzura.

—Graciosa situación para un miembro de familia — observó Sam, colocando á la tía sobre una silla; — vamos, practicante, traed sales.

Esta última frase iba dirigida al mozo de librea gris, que había confiado el cupé á un watchmar y había entrado para saber qué significaba tanto ruido. Gracias á sus cuidados, á los de Mr. Bob Sawyer y á los de mister Ben Allen, que habiendo sido causa por su violencia del desmayo de su tía, se mostraba lleno de tierna solicitud para hacerla volver en sí, la anciana recobró los sentidos, y entonces el afectuoso sobrino, volviéndose hacia Mr. Pickwick con fisonomía dolorosamente contraída, le preguntó qué era lo que iba á decir cuando había sido interrumpido de una manera tan alarmante.

—¿Supongo que aquí no hay más que amigos? —

dijo Mr. Pickwick tosiendo para aclarar la voz y mirando al cochero Martín.

Esto recordó á Bob Sawyer que el mozo de librea gris estaba allí volviéndose todo ojos y oídos. Lo cogió por el cuello del vestido, y habiéndole echado fuera, dijo á mister Pickwick que podía hablar sin reserva.

—Vuestra hermana, mi querido caballero, — dijo el filósofo volviéndose hacia Ben Allen, — está en Londres, Luena y feliz.

—No es su felicidad el blanco de mis aspiraciones, caballero — respondió el amable hermano haciendo con la mano un gesto desdenoso.

Su marido sí que será para mí un blanco á doce pasos de distancia, — exclamó Bob, — y he de hacer una criba de ese cobarde bribón.

—Deteneos, caballero, — interrumpió Mr. Pickwick; — y antes de aplicar esos epítetos al caballero en cuestión, considerad á sangre fría la extensión de su falta, y acordaos sobre todo que es amigo mío.

—¡Cómo! — exclamó Mr. Bob Sawyer.

—¿Su nombre? — gritó Ben Allen; — ¿su nombre?

—Mr. Nathaniel Winkle — replicó Mr. Pickwick con firmeza.

A este nombre, Benjamín aplastó con disimulo sus anteojos con el tacón de la bota, recogió los fragmentos, que colocó en tres diferentes bolsillos, cruzó los brazos, se mordió los labios y lanzó miradas amenazadoras sobre la fisonomía dulce y tranquila de Mr. Pickwick. Al fin, rompiendo el silencio, dijo:

—¿Sois pues, vos, caballero, quien ha impulsado y confeccionado este matrimonio?

—Y yo supongo — interrumpió la anciana — que es el criado del señor á quien se ha visto rondar mi casa para tratar de sobornar á los míos, Martín.

—¿Qué? — contestó éste avanzando.

—¿Es este el joven á quien habéis visto en la calle y de quien me habéis hablado esta mañana?

Mr. Martín, que como ya se ha visto, era lacónico, se acercó á Sam, hizo una señal afirmativa con la cabeza, murmurando; «Este es el hombre.» Sam, que nunca era orgulloso, le dirigió una sonrisa amistosa y confesó en términos corteses que en efecto había visto á aquel botijo en alguna parte.

—¡Y yo — exclamó Benjamin — que he estado á punto de estrangular á ese fiel servidor! Mr. Pickwick, ¿cómo habéis tenido la audacia de consentir que ese individuo haya tenido participación en el rapto de mi hermana? Os suplico que me lo expliquéis, caballero.

—¡S! caballero — añadió Bob con violencia — ¡espli-

cadlo!

— ¡Es una conspiración! — repuso Ben.
— ¡Una verdadera trampa! — continuó Bob.
— ¡Un ardid vergonzoso! — prosiguió la anciana.
— En fin, os han engañado — observó Mr. Martín.
— Escuchadme, os ruego — dijo Mr. Pickwick, mientras que Mr. Ben Allen, humedeciendo copiosamente su pañuelo, se dejaba caer sobre el sillón en que sangraba á los enfermos. — Yo nada he intervenido en esto, salvo el haber querido estar presente á una entrevista entre los dos jóvenes, que no podía impedir, y de la que pensaba alejar toda razón de inconveniencia. He aquí toda la parte que he tomado en este asunto; y aun entonces estaba lejos de suponer que se tratase de un casamiento inmediato. Sin embargo — añadió Mr. Pickwick inmediatamente, — notad bien que no digo que lo hubiese impedido, aun cuando lo hubiese sabido.

— ¿Oís esto? — repuso Benjamín Allen; — ¿lo habéis oído todos?

— Así lo creo — prosiguió tranquilamente el filósofo mirando en derredor; — y espero que oirán también lo que me resta decir. — añadió en voz más alta y con rostro más animado, — y es que habéis obrado injustamente pretendiendo violentar las inclinaciones de vuestra hermana, cuando por el contrario, debierais haber procurado substituir á sus padres que perdió desde la infancia, por medio de vuestra ternura y complacencia. Respecto de mi joven amigo, diré tan sólo que relativamente á la fortuna, su posición es igual si no superior á la vuestra, y que rehusó positivamente oír una palabra más acerca de esto, á menos de expresarse con la conveniente moderación.

— Desearía añadir algunas observaciones á lo que ha expuesto el caballero que acaba de ocupar la tribuna — dijo entonces Sam adelantándose. — Una persona de la honorable sociedad me ha llamado individuo...

— Eso nada tiene que ver con la cuestión, Sam — interrumpió Mr. Pickwick; — callaos si queréis.

— Cesó, pues de hablar acerca de ello. Pero quizá cree el otro caballero que era él objeto de un afecto anterior, y no es así, supuesto que la joven lady ha declarado desde el principio que no podía sufrirle; así es que nadie se ha dado por ofendido, y seguramente no se hallaría más adelantado, aun cuando la joven lady no hubiese visto jamás á Mr. Winkle. He aquí lo que deseaba observar, y espero que habré tranquilizado á ese caballero.

Una corta pausa siguió á esta consoladora observación, después de la cual, Mr. Ben Allen, levantándose

del sillón, protestó que jamás volvería á ver á Arabella, mientras que Mr. Bob, no obstante las lisonjeras seguridades de Sam, continuaba jurando que tomaría terrible venganza del afortunado marido.

Pero precisamente cuando el asunto había tomado este giro amenazador, Mr. Pickwick halló un aliado inesperado y poderoso en la anciana señora, admirada del modo con que había defendido la causa de su sobrina. Se acercó, pues, á Ben Allen y se aventuró á dirigirle algunas reflexiones consoladoras, siendo las principales que después de todo era de apreciar que la cosa no hubiese sido peor; que convendría hablar de ello lo menos posible; que al fin y al cabo no se había probado que fuera una tan grande desgracia; que lo hecho, hecho estaba; y que es preciso saber sufrir lo que no puede impedirse; con otros diferentes apotegmas de igual novedad y alcance.

A todo esto, Mr. Benjamín replicó que ni él ni ninguno de los presentes trataba de faltar al respeto á su tía; pero que siéndole igual y permitiéndole obrar á su gusto, él preferiría tener el gusto de aborrecer á su hermana hasta la muerte, y aun hasta más allá.

Al fin, y después de haberse anunciado cincuenta veces esta determinación, la anciana señora, levantándose repentinamente, preguntó con ademán majestuoso qué es lo que ella había hecho para no merecer ningún respeto á su edad y para verse obligada á suplicar á su propio sobrino, cuya historia podría contar desde cerca de veinticinco años antes de su nacimiento, y á quien había conocido antes de que le saliera el primer diente, sin contar con que había estado presente la primera vez que le cortaron el cabello, y había asistido igualmente á otra multitud de ceremonias de la infancia, de bastante importancia cada una de ellas, para merecer por siempre su afecto, obediencia y veneración.

Mientras que la buena señora exorcizaba así á mister Ben Allen, Mr. Pickwick se había retirado al laboratorio con Mr. Bob Sawyer, y éste, durante su conversación, había aplicado muchas veces á su boca cierta botella negra, bajo cuya influencia sus facciones habían ido tomando gradualmente una expresión tranquila y hasta jovial. Al fin, salió de la habitación botella en mano, y haciendo observar que sentía muchísimo haberse conducido como un loco, propuso beber á la salud y felicidad de mister y mistress Winkle, cuya satisfacción veía con tan poca envidia, que sería el primero en darles sus parabienes. Al oír esto, Mr. Ben Allen se levantó repentinamente de su asiento, tomó la botella negra, y brindó, bebiendo de tan buena gana, que su cara se

puso casi tan negra como la botella, porque el licor que contenía era bastante fuerte. En fin, la botella negra fué pasando de uno á otro, hasta que quedó vacía, y se cambiaron tantos apretones de manos y tantos cumplimientos, que hasta en la helada fisonomía de Mr. Martín llegó á dibujarse una sonrisa.

—Y ahora — dijo Bob frotándose las manos, — vamos á terminar la noche alegremente.

—Mucho siento verme obligado á volverme á mi hotel — contestó Mr. Pickwick; — pero ya hace tiempo que no estaba acostumbrado al movimiento, y el viaje me ha fatigado en extremo.

—Pero al menos tomaréis una taza de te, Mr. Pickwick, — dijo la anciana lady con una dulzura indescriptible.

—Os doy mil gracias, señora, pero me es imposible. El hecho es que la admiración, visiblemente en aumento, de la anciana era la principal razón que mister Pickwick tenía para retirarse; pensaba en mistress Bardell, y cada mirada de la amable tía, le daba escalofríos.

Habiendo absolutamente rehusado Mr. Pickwick detenerse, se convino, á propuesta suya, que Mr. Ben Allen le acompañaría en el viaje á casa del padre de Mr. Winkle, y que el carruaje estaría á la puerta al día siguiente, á las nueve de la mañana. Despidióse, pues, y seguido de Sam se volvió al hotel de *Buisson*. Es digno de atención que la cara de Mr. Martín experimentó horribles convulsiones, cuando al partir estrechó la mano de Sam, y que dejó escapar á la vez una sonrisa y un juramento. Las personas mejor enteradas de las maneras de este caballero, sacaban de estos síntomas la consecuencia de que estaba encantado de la sociedad de Sam, y que tenía vehemente deseo de hacer su conocimiento.

—¿Queréis un salón particular? — preguntó Sam á su amo, luego que llegaron al hotel.

—A fe mía — contestó éste — que, como ya he comido en la sala del café y como pienso acostarme pronto, no merece la pena. Ved qué personas se hallan en el salón de viajeros.

Sam volvió luego á decirle que sólo se hallaba un caballero tuerto, que bebía una ponchera de vino caliente con el fondista.

—Está muy bien, voy á reunirme á ellos.

—Es por demás gracioso el tal tuerto — dijo Sam, conduciendo á Mr. Pickwick. — Ha hecho beber al dueño del hotel de toda clase de licores, de tal manera que el pobre hombre ya no sabe si está sobre las suelas de sus zapatos ó sobre la copa de su sombrero.

Cuando Mr. Pickwick entró en la sala, el individuo á quien se aplicaba esta observación se disponía á fumar una enorme pipa holandesa, y tenía su único ojo constantemente fijo sobre el rostro del fondista.

Parece que acababa de contar al jovial anciano alguna historia sorprendente, porque aun éste dejaba escapar exclamaciones de sorpresa.

—¡Vamos, no lo hubiera creído! ¡Es lo más extraño que nunca he oído! ¡No creía que eso fuera posible!

—Vuestro servidor, caballero — dijo el tuerto á mister Pickwick; — hace una hermosa noche, caballero.

—Muy bella — contestó el filósofo.

Y se ocupó en mezclar aguardiente con agua caliente, que el mozo había colocado delante de él.

El tuerto le miraba con atención, y al fin le dijo:

—Creo que os he visto antes de ahora.

—No lo recuerdo.

—Eso no me admira, porque no me conocíais. Pero yo conozco á dos de vuestros amigos, que estaban en *El Pavo de plata*, en Eatanswill, por la época de las elecciones.

—¿De veras?

—Sí; les he contado una aventura ocurrida á uno de mis amigos, llamado Tom Smart. ¿Habéis quizá oído hablar de él?

—Con mucha frecuencia — dijo Mr. Pickwick sonriendo. — Creo que era vuestro tío.

—No, no, solamente un amigo de mi tío.

—A pesar de eso, era un hombre admirable vuestro tío — dijo él volviendo la cabeza.

—Ya lo creo — contestó el tuerto. — Podría contaros una historia de ese mismo tío, que quizá os admiraría un poco, caballero.

—Contádmela, os lo suplico — se apresuró á decir Mr. Pickwick.

El tuerto sacó de la ponchera un vaso de vino caliente y lo bebió; aspiró una buena bocanada de humo de la pipa holandesa, y viendo que Sam se entretenía cerca de la puerta, le dijo que podía permanecer si quería, pues que nada había de secreto en su historia. Fijando, en fin, su único ojo sobre el dueño de la fonda, comenzó como se verá en el capítulo siguiente.